

Madrid.

8 DE SEPTIEMBRE DE 1879.

—Es el asunto de la semana: es verdad que El Liberal y todos los periódicos se han ocupado ya de Periquito; pero ¿cómo la población de Madrid se fija en otra cosa? Solo se puede hablar del canto flamenco de Juan Breva, de los ingleses y de los de la Pinchiara y del reino de las aves.

Así reflexionaba ayer tarde, paseando por la calle Mayor, cuando me pareció notar cierta corriente popular hacia la Cuesta de la Vega. Aquella observación fué un rayo luminoso para mí.

—Pues es verdad, dije con sorpresa; Madrid es mucho más ancho de lo que creía hace un momento: no frecuenta solo los jardines del Retiro, dando vueltas en el paseo circular, con una flor de nardo en el ojal, o bebe cerveza negra en la cantina, o tornea frases retóricas y hace con el ingenio juegos malabares para producir admiración; hay, además de esos círculos atildados, donde nos aburríamos sonriendo, nos conocemos sin hablarnos y nos maltratamos dulces y cortésmente, otras gentes cuya alegría es más expansiva, cuyas fiestas son más ruidosas, y que también gozan y se divierten a su modo. Mañana es la Virgen de Septiembre, la Vir en del Puerto, fiesta de las lavanderas y aguadores; ¿por qué no he de ocuparme de ese regocijo?

Y mis pasos se encaminaron maquinalmente hacia la ermita.

Si no tuviéramos espejos, la decadencia y vejez de lo que nos rodea, nos advertiría el paso de los años. Pensaba encontrar mas robusta y espléndida la alameda de la Virgen del Puerto, y veo que las copas de aquellos árboles magníficos, ya no tienen el vigor y lozanía que cuando era yo muchacho.

—¡Dios mío! ¿Estare ya chocheando como aquel veterano de el Gil Blas, que sostenía que los melocotones eran mas gordos en su tiempo?

No; es que hasta los árboles mas fuertes se desgajan: eran los mejores mozos hace veinte años; hoy me parecen inválidos, que disimulan sus achaques: uno, dos, tres, aquí faltan muchos árboles, ¿quién sabe si me habré calentado con sus troncos? Acaso haya pisado aquellas ramas que siendo niño me parecían que se rozaban con el cielo. ¿Cuántos soberbios caen de igual modo a los pies de los pequeños?

Suenan las campanas de la ermita: es el mismo toques: son los mismos sonidos de otro tiempo: un eco de ramaje anuncia la entrada de aquella humilde y esbelta capilla, toda bodega para tender un poco la vista en aquella iglesia hay que mirar al cielo. Nuestra Señora del Puerto está cubierta con sus galas en el altar de la derecha: manto blanco bordado de oro y corona de plata en la cabeza: hay velas rizadas en el altar y azulejos y rosas imitadas. Algo falta aquí: lo que refresca el aire, lo que alarga la vista en las verbenas: flores frescas y recién cortadas del jardín. Sólo veo en el altar mayor algunos ramilletes. A la izquierda hay en una capilla diminuta, un Nazareno muy triste abrumado con el peso de la cruz.

La imagen de Nuestra Señora del Puerto me pareció que sonreía, no por las alhajas que la habían puesto: ni por las velas, mas hermosas y rizadas, que la habían ofrecido, sino por algunas velas muy humildes, muy sencillas, que casi afianzaban aquel altar tan pulcro y reluciente; aquellos regalos tan pobres acaso significaban la mitad de una fortuna, y seguramente muchas horas de trabajo.

—¡Santísima Virgen de Lourdes! En tu espléndida basílica a donde acuden princesas y damas de alta cuna, cuántas gracias ambiciosas te habrán solicitado. Pero en tu capilla de la Virgen del Puerto, cuando el frío de diciembre hiela el Manzanares, ¿qué te habrá pedido de rodillas la pobre lavandera?

Pan para sus hijos.

La gaita y el tamboril suenan cerca del colupio en que voltean a su sabor soldados que quieren marear a las niñas, o muchachos que no necesitan columpiarse para que dé vueltas su cabeza.

No veo apenas aguadores: no faltarán mañana: dos días de fiesta son demasiado para esos robustos e infatigables trabajadores, con quienes no ha podido competir la empresa del Lozoya. El agua subía en sus espaldas a los pisos mas altos, sigue siendo mejor y mas barata.

Aquí, uniéndose las manos y formando una rueda formidable, un rosario de hombres y garrotes, cantan esos romances de otros siglos, bailando el severo rigodon de la antigüedad, que tiene toda la seriedad y circunspección de un baile diplomático. En esa danza circular se observan pronto los fenómenos magnéticos: no bien se unen las manos, y se mueven los pesados pies acompasadamente, esos pies cuyo ruido no es tan familiar cuando retumba en la escalera: apenas de los sanos y vigorosos pulmones se exhalan esos cánticos melancólicos y graves transmitidos de generación en generación, las manos se oprimen y tiemblan en ellas los garrotes, el fluido magnético circula de brazo en brazo y anima los semblantes. ¡Ay si entonces suena un grito! ¡Ay si las manos alzan los garrotes!... Aquello sería una batalla de maceros, privados de movimiento. Porque los aguadores no pueden correr.

Quando guiados por un municipal que los dirige con aire de superior, acuden en conjunto a un incendio, se sienten desde lejos sus pisadas; así debían resonar los ejércitos antiguos, cuando los ejércitos tenían elefantes.

Una vez había en mi casa un enfermo de peñigo, y entraba en el portal un aguador: —Por Dios, suba Vd. de puntillas, le dije con terror.

—Señor, yo bien quisiera, me dijo mirándose los pies: pero mis pies no tienen punta.

Fué preciso enarenar la calle y la escalera. Yo aprecio a esos trabajadores humildes y continuos: son un pueblo sensato, honrado y

gobernable. Si su honradez no fuera proverbial, la demostraría un argumento que salta a la vista de cualquiera. Teniendo a su disposición toda el agua de las fuentes no han puesto taberna.

La fiesta de la Virgen del Puerto y su verbena, como se ve, son populares, pero no tienen nada de flamencas. La gallegada es el baile que domina, la mas juiciosa de las danzas populares, siendo alegre y retzona. Se oye algun zorzico y se ven algunas boinas, pero la gaita domina con sus sonidos vibrantes y dulzinos. Un soldado joven contempla el círculo con tristeza y alegría. Los pies le bailan al oír el aire de su tierra, pero tiene respeto al uniforme; es quinto todavía. Hace poco que le leyeron la Ordenanza, y no la aprendió bien: solo recuerda vagamente que está lleno de deberes y rodeado de amenazas.

Acaso se pregunta. ¿Tendrá pena de muerte bailar la gallegada? ¡Ay de las mozas de su pueblo cuando cumpla la licencia! ¿La cumplirá? Creo que es de artillería y sale todos los días montado en un armon.

La noche cae: se ilumina con farolillos de colores la fachada de la iglesia, y oigo pregonar un periódico anunciando una cojida de Frascuelo. —¡Cielos! ¿Se aguará la fiesta de la Virgen? ¿Se suspenderán los fuegos artificiales? digo alarmado, sintiendo como próximo, la desgracia del torero.

Pero ya he dicho que esa fiesta no tiene nada de flamenco. Podrán convertirse en rogativas ó en entierros por la cojida de un diestro las verbenas de San Cayetano ó de San Juan. Los que asistían a la Virgen del Puerto, si conocen a Frascuelo, seguramente no le tratan.

Sin embargo, al ruido de la pólvora han acudido muchos madrileños: el andar de aquella niña es una cédula de vecindad en toda regla: ¿qué edad tendrá? catorce años, y va en compañía de un mozo de pantalón ceñido y pelo echado hacia la frente.

Los cantantes han variado ya con la invasión de la nueva concurrencia. A la gaita ha sucedido la copla popular:

¡Ay Manolito!  
¡Ay Manolito!  
Esa niña se va a perder.

La fiesta ha sido de las mas sóbrias: melones y buñuelos, torrados y avellanas; sin embargo, me retiré... por si el humo de la pólvora se sube a las cabezas.

Un aguador tambien avanza por la escalera de piedra con una rapidez impropia de su clase. Su ligereza nos asombra: ¿será el aguador de la Pinchiara?

No; es que rueda los escalones, y va a chocar contra el pretil: el puente se resiste: honor al arquitecto.

Aquella caída era comprensible y disculpable: un aguador sólo está obligado a subir agua sin caerse, y al retirarse a Madrid suya vida.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

## Noticias Bibliográficas.

**Economía minera.**—Lecciones de legislación de minas y de economía industrial con aplicación a la minería, por D. Eugenio Maffei. —Un vol. de 553 págs.—Madrid: Lapaente, imp.; 1.75.

Considera el autor de esta obra distribuidos todos los conocimientos indispensables para la explotación de la riqueza minera, en dos grandes grupos: el arte de la minería, fundado en las ciencias exactas, físicas y naturales y la economía minera, rama de las ciencias jurídico-económicas, que aplica a ese objeto los principios del derecho y las reglas generales de la producción. Prescindiendo del arte de la minería, de todo lo que se refiere a la dirección técnica ó facultativa de las minas y fabricas metalúrgicas, el Sr. Maffei se ocupa en explicar el segundo de aquellos grupos, lo que llama, de una manera deficiente é impropia a nuestro juicio, economía minera.

Divide esta en economía minera pública y economía minera privada. La economía minera pública es un verdadero tratado de derecho con aplicación al ramo de minas. El Sr. Maffei expone los principios generales en que ese derecho debe fundarse.

Partidario de las ideas de Chevalier, combate las teorías que fundan la propiedad minera en la acción, en la ocupación y en la regalía, y sostiene que las minas no concedidas son cosas nullius, que su propiedad no pertenece a nadie, ni aun al Estado y que únicamente los gobiernos, obrando como tutores de la riqueza pública y como representantes de los intereses generales, crean, por vía de concesión, un derecho de propiedad sobre el subsuelo, en beneficio de los particulares y con garantías bastantes para su buena explotación.

Desea el Sr. Maffei que las leyes de minas se funden en esos principios, como en el punto de partida mas seguro para contribuir al desarrollo de la riqueza minera y abandonando la esfera constituyente, entra a exponer en un breve y metódico resumen, notable por las noticias que ofrece, tanto como por los juicios que las ilustran, la legislación porque se rige en cada país esta importanteísima industria.

En esa parte reside, a nuestro juicio, el mérito mas relevante del libro del Sr. Maffei, por que su exposición es sistemática y completa, su crítica atinada, su lenguaje claro y sencillo y el carácter de su argumentación práctico y convincente, encaminado a persuadir al alumno de la certeza de las verdades y juicios que afirma. Hay que tener en cuenta tambien, cuando se llega a ese punto, que la obra del señor Maffei ha venido a llenar un vacío muy sentido, y que si bien los principios que forman el derecho constituyente minero estaban expuestos en gran número de obras jurídicas y económicas, no habia ninguna, entre las que andan en manos de los ingenieros del cuerpo de minas y de los abogados, que compendiaría y resumiese con tal copia de datos y tanto acierto las bases de la legislación minera patria y las de las le-

yes porque se rige esta industria en todos los pueblos.

La parte que el Sr. Maffei llama economía minera privada es la economía minera propiamente dicha. La pública es un tratado de legislación y derecho aplicado a esa industria. En la privada se ocupa el inteligente autor de esta obra en establecer las reglas de administración y régimen interior de las explotaciones mineras y fabricas metalúrgicas. Es un capítulo de economía industrial que merece estudio y aplauso, como todo el libro.

**Las segundas Cortes de la restauración.** semblanzas parlamentarias por Pedro L. de Tebar y José de Olmedo. —Congreso de los diputados. —Un vol. de 344 págs.—Madrid: imp. de M. G. Hernandez; 1.75.

Si el tipo de las semblanzas es el de los trabajos consagrados por el inolvidable Timon a retratar los oradores políticos de su tiempo, ó el de los que han hecho recientemente, entre nosotros, con tanto éxito los Sres. Revilla y Palacio Valdes sobre los literatos, poetas, novelistas y oradores académicos de la España contemporánea, no merecen ciertamente ese nombre, ni por su forma, ni por su estructura, ni por el estilo que en ellas campea, las de los Sres. Olmedo y Tebar.

Mas que una serie de semblanzas, —a pesar de lo que dice la portada de este libro,—es una serie de noticias biográficas, que, como tal ofrecen interés, por el gran número de datos reunidos en sus paginas acerca de la vida y hechos de los actuales representantes del país.

Los Sres. Tebar y Olmedo se limitan en la mayor parte de los casos a exponer esos datos biográficos, comentándolos benévola y sóbriamente. Las segundas Cortes de la restauración ofrecen por esto mismo al lector mas bien un interés histórico que un interés político ó literario.

Si, como presumimos, escriben la segunda parte de su obra con las noticias biográficas de los senadores actuales, deberían al terminarla, para justificar su título, exponer en un trabajo sintético que significa esa colectividad de cuyos individuos nos suministran tan minuciosas noticias, cual ha sido la misión de las segundas Cortes de este período gubernamental y su influencia en nuestras luchas políticas y en nuestra historia contemporánea.

**Palacio arzobispal de Alcalá de Henares,** por don José María Escudero de la Peña. —Un vol. in folio de 45 págs.

Esta monografía, histórica y artística, describe el magnífico edificio destinado en la vecina ciudad de Alcalá de Henares a Archivo general central del reino, y refiere su historia y sus vicisitudes.

Con decir, como va dicho, que su autor es el Sr. Escudero de la Peña, son innecesarios todos los elogios. El Sr. Escudero es uno de los mas ilustrados individuos del docto cuerpo de archiveros y bibliotecarios. Sintiendo como un artista y escribiendo como un narrador inteligente y erudito, nos da a conocer en pocas paginas las bellezas arquitectónicas de ese monumento, cuya restauración pocos años ha iniciada, está ahora a punto de terminar, y nos eleva por el recuerdo a otros días en que aquellos salones, donde hoy se custodian gran parte de nuestros tesoros diplomáticos, fueron teatro de interesantes episodios consignados en los patrios anales.

Los numerosos visitantes del Archivo central de Alcalá harán bien, si quieren apreciar las bellezas que se admiran en su claustro, escalera, artesonados y salon de concilios, leyendo la monografía del Sr. Escudero antes de recorrer aquellas inmensas salas. Estas paginas serán su mejor guia y su mas sabrosa ilustración.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

## Crímenes monumentales.

—¿Cómo me voy a aburrir en Avila!—decía a mis amigos, dándoles el último apretón de manos desde la ventanilla del coche.—¡Compadeceidme!—les gritaba esforzando la voz para dominar el agudo silbido de la rauda locomotora. ¡Adios!... Y me dejé caer en los almohadones con el desalentado propio del que viaja bajo la influencia de tan tristes augurios.

Las primeras horas en el tren expreso son insufribles. La empresa de los ferro-carriles del Norte tiene buen cuidado de que los coches estén todo el día al sol, con lo cual prepara a los viajeros un tormento que el Dante no hubiera ideado a escribir en el siglo xix la parte primera de su monumental poema. Efectos de la caridad con que aquí se trata al prójimo.

Sea por esto, sea porque mis ideas tristes se desvanecieron como las columnas de humo del monstruo que me llevaba a Avila, parecíame a primera vista oasis delicioso, y halagado por sus frescas brisas, instéleme contento en casa de un pariente que no quiso enriquecerse con la primera desamortización en tiempo de Mendizábal.

La casa de mi pariente era vieja y pobre: pero oía a honradez y limpieza, dos perfumes que muchas gentes no conocen a pesar de ser muy baratos.

Cuando llegó la hora clásica de la cena y presentaron a mi vista el tradicional guisado, todos mis poros se hallaban abiertos a la mas franca y pura alegría. Avido de mostrarme obsequioso, alargué la mano para hacer plato; pero mi pariente, cortando la acción, me dijo: —Recemos primero.

Y rezamos, pensando en Dios y yo en algo perdido entre las brumas de mi infancia.

El rezo debe ser un buen alimento del alma, porque aquella cena me supo a gloria.

Es muy costoso al hombre dar su brazo a torcer.

Después de haber hundido mis angulosas formas en el mullido lecho, quedéme dormido murmurando todavía: —¿Cómo me voy a aburrir en Avila!

Avila, para el cortesano, no tiene atractivo de ninguna clase. Una regular fonda, un regular casino, un paseo incipiente, un mercado grande por mal hombre, un café mediano, poca luz y mal empedrado, no son condiciones para cautivar el ánimo de un hijo feliz del siglo del progreso. Pensando en esto, vagaba de una en otra calle, cuando mi pariente me obligó a

penetrar en la catedral a oír la misa de diez y media.

Hay tres poblaciones que se llevan la fama de las catedrales: Toledo, Sevilla y Burgos. Algo sabe el vulgo de la de Leon, poco de la de Tarragona y nada de la de Avila. Por eso yo ignoraba que la patria de Santa Teresa tuviese en su breve recinto joya de tanta valía. Así es que cuando alcé la cabeza y vi la riquísima nave de puro orden gótico, quedé embebecido y suspenso. Aquel tipo de la parte superior del templo es de tal manera grave y austero, presenta tal carácter de severidad, tiene tal sencillez de líneas y tal grandeza de conjunto, que no es mucho deplorar la indiferencia con que suele ser mirado de propios y extraños. Quizás sean estos encomios exagerados, como hijos de afición inducta, pero sígo creyendo que la antigua basílica de San Salvador es merecedora de la fama popular que gozan otras catedrales. Ciertamente no puede rivalizar con la de Sevilla en grandiosidad, con la de Toledo en riqueza, con la de Burgos en detalle, ni con la de Leon en elegancia y atrevimiento, pero puede sobrepujar a todas en la pureza de aquel estilo sublime, en aquel ideal al infinito realizado en la ojiva y que se presenta en toda su majestuosa serenidad en el templo comenzado a edificar en tiempo del conde Fernán-Gonzalez y terminado en el glorioso de Alfonso VI.

Mi pariente no se dio cuenta de mis arrobamientos. Tuvo que dejarme como cosa perdida y con gran contentamiento me vime abandonado en la soledad augusta de las naves silenciosas. Entonces fué cuando di ancho espacio a mis agitados pensamientos... Miré de nuevo a la altura y diez siglos se desplomaron sobre mí con rapidez asombrosa... ¡Qué manera de sentir y de pensar en esos momentos grandiosos de la fe cristiana!

El siglo xix dejó a los futuros obras ciclópicas gigantescas dignas de la epopeya, pero no transmitió ninguno de estos monumentos solemnes que condensan en breve espacio el espíritu de un pueblo. Asombrará, pero no consternará; hará pensar, pero no sentir; será un siglo de atrevimientos, pero no de ciencias. Hijo de la idea mas que de la fe, se refugió en el libro mas que en la piedra. Sus glorias escaparon a los ojos del vulgo, acostumbrados a ver los efectos del vapor y la electricidad, y el arqueólogo infatigable seguirá en vano las huellas de una arquitectura abigarrada en el pedazo oxidado de hierro de un mercado público, un puente ó una estación de ferro-carril. Difícilmente hablará el lenguaje poético con que hablan a la fantasía los jaspeados muros de la catedral de Avila.

Tres días estuve conversando con ella y aun recuerdo con deleite el mudo diálogo que sostuvimos, trayendo a cuento ora los pintores de sus cuadros, Pedro Berruguete, Santos Cruz y Juan de Borgoña; ora el constructor de su preciosa sillería de coro el ilustre Cornelli, ora los olvidados escultores de sus estatuas, table ros y medios relieves, ora la riqueza de sus reliquias, ornamentos y alhajas; ya las obras raras y antiguas de su biblioteca, ya el soberbio repertorio y curiosa librería de canto llano de su escuela de música, y ya, en fin, como complemento grandioso de este resumen de tesoros, las sombras venerandas de aquellos que yacen en su seno, a la luz de su gloria y a la sombra de sus sepulcros.

Cuando mi pariente, desesperado de reducirme a su vida metódica, fué a arrancarme a viva fuerza del santo templo, me encontré poseído de indignación extraordinaria.

—Vea Vd.—le dije señalándole la altura— aquellos calados, aquellos rosetones estaban al aire y ahora están tapiados con yeso. ¿No es esto un crimen monumental?

Mi tío me sacó a la calle, y mostrándome las crestas del Gacarrama me dijo:

—De allí vienen las pulmonías.

—Es verdad—exclamé—había olvidado que los canónigos son hombres de carne y hueso.

Y sin decir mas palabra, dejéme conducir a través de un laberinto de calles tan sucias como tortuosas.

—¿A dónde vamos? pregunté despus de salir a campo libre.

—A rezar el rosario.

Y entramos en Santo Tomás de Aquino.

Penetrar en un convento es visitar un faro tasma.

¿Qué fueron los reverendos padres que le dieron vida! Una larga fila de frailes dominicos, la vista fija en el suelo y la blanca capucha echada a la cabeza, respondiendo a esta pregunta. No era ilusión de mis sentidos. Allí estaban. Jamás he tenido emoción mas grande. El contemporáneo de Mendizábal, harto ya de mis embobamientos extemporáneos, me dijo con tono displicente:

—Veo que vas a rezar hoy el rosario con la misma devoción que oíste el domingo la misa de diez y media. Abur, y alejose de mi lado, dejándome en plena posesión de mi alma.

¡Oh sombras augustas de Fernando y de Isabel que labrasteis este santo templo y al par de él vuestro real palacio de verano!... ¡Oh pálida sombra del heredero de tantas glorias, que yaces en ese soberbio sepulcro!... Y tú, ilustre dominico Alejandro, que cubriste los restos del príncipe D. Juan con el manto del arte... Salud a todos. Ya puedo evocarlos tranquilamente.

—Señorito—me dijo una vieja tirándome de la manga de la americana—en estos sitios he visto pastar las cabras y las ovejas, dar de beber a las caballerías y encender lumbre para calentarse el rancho... ¡Es verdad!... ¡Aquí han pasado esas cosas! Deploremos una vez mas la frecuencia con que en España se repiten esta clase de crímenes.

La catedral y Santo Tomás de Aquino habían cambiado, a mis ojos, el aspecto de Avila. Ya era para mí población importantísima; ya vagaba por sus calles y sus afueras con placer indecible. Y un día, visitando la basílica de San Vicente mártir, cuya fundación se hace remontar al siglo iv; otro, venerando en la ermita de San Segundo la memoria del insigne mártir compañero de San Pablo, otro recreando al espíritu en la contemplación de los ricos detalles

que avaloran la preciosísima capilla de Mosen-  
rubi; ya aspirando en la *Casa de la Santa* el  
suave aroma de sus virtudes y el dulce per-  
fume de sus sagradas reliquias, o ya, en fin, des-  
cubriendo en el derruido solar, o el roto escudo  
ó la borrada inscripción, las huellas de un  
nombre glorioso, ó de una hazaña insignie, ó de  
una fundación piadosa, pasaba el tiempo con  
a las invisibles sin dar espacio al fastidio ni  
trégua al cansancio.

Una noche, sin embargo, acabaron las emo-  
ciones. Todo estaba recorrido, visto y escudri-  
ñado. Era necesario partir. Pensando en ello,  
dirigíase al paseo antiguo llamado *el Rastro*, y  
mis ojos contemplaron el panorama mas poéti-  
co que el Creador pudo ofrecer á las criaturas.  
¡Oh noche sublime! ¿Cómo borrarte del alma...?  
Imposible. Los que sabéis sentir, pensar, creer y  
llorar; los que dudáis de Dios; los que creís  
en su poder infinito, id en una noche de luna á  
contemplar las murallas de Avila; id á empa-  
par la fantasía en el océano de luz que se que-  
bra en aquellas rotas almenas, y á vista de  
aquellos muros evocad la sombra de la heroica  
Jimena Blazquez, y ved en las ondas plateadas  
del Adaja como se alejan los moros para no  
volver á ceñir á su frente los lauros de Tarik y  
de Almanzor...

Pero no vayáis. Desde tan sublimes alturas  
caeréis en el prosaismo mas espantoso. Empe-  
ñadas en aquellas piedras que han sido suce-  
sivamente fenicias, romanas, árabes y cristia-  
nas, vereis unas ridículas casetas de gusto mo-  
derno que os encenderán la sangre en las ve-  
nas. Jamás la mano utilitaria del hombre co-  
metió heregia artistica mas grande. Figúraos  
la Venus de Milo con *polison*, ó las pirámides  
de Egipto con un *teatro guignol*, y comprende-  
reis el atentado cometido con ese monumento  
del siglo x, gloria de Casandro y Florian de Pi-  
tuenga.

Avila no comprende sus intereses. El día que  
desaparezcan sus murallas, acaben de romper-  
se *la pedrada limpia* las portadas de sus tem-  
plos, rueden deshechos los retablos de sus ca-  
pillitas y cubiertas de yeso las piedras tradicio-  
nales de sus casas solariegas, Avila quedará  
reducida á una población vulgar, vulgarísima.  
No será el Avila de los santos, de los reyes y de  
los caballeros. No será la madre de los Alfonso.  
Será la profanada patria de la gran doctora de  
la Iglesia, y de ella no dirán los forasteros  
como yo á mi pariente al despedirme: *¡Cuánto  
he gozado en Avila!* Sino que dirán real y efec-  
tivamente: *¡Cuánto me he aburrido en Avila!*

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

## La cruz de la verdad.

### Cuento.

Erase D. Juan Medina un santo varon por  
sus costumbres públicas y privadas; habia es-  
tudiado en la célebre universidad de Salaman-  
ca, y despues de haberse licenciado en derecho,  
contrajo matrimonio con una bellísima jóven  
de dicha ciudad, donde con tal motivo decidió  
establecerse.

El hombre tenia la rectitud por norte y guia;  
si bien se dice que en materia de amores, aun-  
que justo, pecaba con alguna frecuencia, y no  
siempre guardó á su cónyuge la mas estricta é  
irreprochable fidelidad.

A nadie se le hubiera ocurrido poner en duda  
la fe viva del licenciado en materias religiosas,  
y sin embargo, es lo cierto que en el seno de la  
amistad, cuando la conversacion se animaba y  
se referia á asuntos de tejas arriba, solia ver-  
ter algunas ideas no siempre ortodoxas, pro-  
duciendo espanto y lástima en algunos de sus  
mas escrupulosos contortulios.

Una noche, despues de haber pasado al estó-  
mago sendas jicaras de soconusco él y sus ha-  
bituales amigos en la casa de uno de éstos, la  
discusion á que siempre se entregaban, versó  
acerca de la maldad de los hombres; la corrup-  
cion de la época (en todas las épocas han crei-  
do muchas personas que la suya era la mas  
corrompida) se atribuyó al imperio de la men-  
tura y al hábito de engañarse hombres y mu-  
jeres en todos los asuntos de la vida; al empeño  
que todos formaban en ocultar su pensamiento  
y el fingimiento de afectos é intenciones que  
suele emplear el hombre en el trato con sus se-  
mejantes.

Nuestro licenciado, en la exaltacion del de-  
bate, llegó á decir con el mas imperturbable  
aplomo:

—Lo que Dios debió haber hecho, en mi con-  
cepto, es poner al descubierto la mente y el co-  
razón del hombre; sepamos todos lo que pen-  
samos y sentimos todos, y otra será la suerte  
del mundo; entonces reinaria la verdad.

Las últimas palabras de la atrevida frase las  
dijo ya con entrecortado acento el licenciado  
Medina; porque alguno de sus timoratos oyen-  
tes comenzó á persignarse con rapidez, hacien-  
do cuarenta cruces por segundo, y los demás  
manifestaban en su semblante el terror que  
tan atrevida proposicion les habia causado.

—¡Corregir á Dios en la obra de la Crea-  
cion!—exclamó un canónigo con insidiosa son-  
risa.

Cuando el licenciado volvió á su casa, las pa-  
labras irónicas del canónigo le habian causado  
impresion tal, que en vez de reflexionar, no  
quiso mas que arrojarse frente á un Santo  
Cristo que habia en la pared, junto á su cama,  
y pedir perdón al Altísimo, por el atrevimiento  
que sus pensamientos indicaba. Algunos minu-  
tos llevaba procurando excitar su atricion y  
contricion, cuando la mirada del Cristo ante  
quien oraba pareció cobrar vida y animarse  
repentinamente. Los labios de la imagen se en-  
treabrieron, y en los oídos del licenciado reso-  
naron con dulce voz estas palabras:

—Vas á conocer la verdad; mientras tengas  
hecha la señal de la cruz con los dedos de tu  
mano derecha, podrás leer en el corazón y en  
la mente de las personas con quien hables. El  
Creador ha escuchado tu consejo.

Medina sintió un profundo estremecimiento  
en todo su ser; su cabeza ardia como si los pen-  
samientos le quemaran; su corazón queria sal-  
tarse. Cuando mas tranquilo, se atrevió á mi-  
rar á la imagen, ésta habia recobrado la impa-  
sibilidad de la madera de que estaba constru-  
ida. La luz de vida que parecia haber alumbrado  
su rostro por algunos instantes, se habia ex-  
tinguido.

A la mañana siguiente el licenciado Medina  
ansiaba encontrar, en cuanto amaneció, una  
persona con quien hacer el experimento de la  
virtud que debia poseer. A ratos pensaba ha-

ber soñado la anterior escena; pero la memo-  
ria se encargaba de advertirle que se hallaba  
completamente despierto cuando vió mover los  
labios á la imagen y cuando oyó sus palabras.

Su esposa dormia profundamente en un le-  
cho próximo al suyo, y aunque hubiera desea-  
do ardientemente hacer en ella la primera  
prueba, no quiso despertarla hasta convencer-  
se realmente de que la cruz hecha con sus de-  
dos tenia tan poderosa eficacia.

Al sentirle moverse por las habitaciones, un  
criado acudió solícito preguntándole si se habia  
puesto malo. Hé aqui un servidor cariñoso, se  
dijo, veamos si me engaña, y ocultando la ma-  
no entre los pliegues del calzon, cruzó el dedo  
pulgar y el índice.

Un espectáculo extraño se ofreció á sus ojos;  
la frente del criado se trasparentaba como si  
fuera de cristal y en su superficie se dibujaban  
y desaparecian como relámpagos rojos letre-  
ros que apenas tenia tiempo de leer el licencia-  
do por la vertiginosa precipitacion con que unos  
se sustituian á otros.

Medina vió bastante, sin embargo.

En aquella confusion pudo distinguir varias  
frases:

—¡Qué impertinencia! levantarse tan tem-  
prano.

—¡Pronto empieza hoy á dar guerra el señor.

—¡Aquí no se tiene consideracion con nadie.

El licenciado se sonrió tristemente al tiempo  
que sentia una grandísima alegría, conside-  
rando que ya no habia sobre la tierra quien  
pudiera engañarle.

Resuelto á hacer nuevas experiencias, salió  
á la calle y se dirigió á la catedral; hemos  
dicho que era un tanto aficionado al bello sexo  
a pesar de su estado; á aquella hora iban á  
misas muchas bellísimas mujeres; unas por ha-  
blar con sus galanes, otras por pura devocion,  
todas acompañadas de dueñas, padres ó mari-  
dos. Medina pensaba hacer grandes adivina-  
ciones en el sexo femenino.

Fijo en el pórtico, con la cruz formada, vió  
desfilas las principales bellezas salmantinas, y  
leyó sus propósitos lo mismo que los afectos de  
su corazón.

Todas al verle imprimian en su mente alguna  
frase:

—¡Qué tonto!

—¡Qué feo!

—¡Si pensará decirme algo con esa cara!

Estas fueron las mas frecuentes.

Pero digamos la verdad, las hubo tambien  
que bastaban para lisonjear al ser mas vani-  
cioso de la tierra.

Muchas pensaron:

—Le querria eternamente.

—Desearia que me hiciera el amor.

Su cariño me haria feliz para toda la vida.

Medina, sin tener gran amor propio, sintió  
en su corazón odio mortal hacia las primeras,  
y, cosa singular, desprecio hacia las segundas.

¡Qué atrevidas!—exclamaba—por nada en el  
mundo las diria jamas una palabra, aunque  
tengo la seguridad de ser correspondido. Esta  
confianza quita al amor todo su encanto; la  
duda; esa tranquilidad que me ofrecen es la  
enemiga de todas las ilusiones; el corazón ne-  
cesita tener fe en esos afectos; la evidencia es  
horrible; la calma del corazón en esta materia  
es la calma del sepulcro; el sosiego es el sosie-  
go de la muerte.

Con estas reflexiones volvia á su casa; su  
hijo, estudiante de latin, y cuya vida no era de  
las mas edificantes, le esperaba con ansiedad  
para pedirle dinero. El mozo era capaz de dis-  
parar en francachelas la mas sólida fortuna, y el  
licenciado Medina, en vez de dinero, lo que pro-  
porcionó á su hijo fué una enérgica reprensión.

Este escuchaba silencioso y mohino aquel  
sermon plagado de preceptos morales y de se-  
veras amenazas, y el padre, deseoso de cono-  
cer el efecto de sus palabras, acudió al fácil  
medio de que disponia.

El licenciado quedó inmóvil y mas pálido que  
un difunto: en el remolino de pensamientos  
que cruzaban por la mente de su hijo, empuján-  
dose, atropellándose unos á otros, habia leído:

—Cuando herede no tendré necesidad de pe-  
dir el dinero, ni de escuchar sermones.

Poseído del mas profundo horror, abandonó  
la estancia dejando sorprendido á su hijo. Este,  
sin embargo, estaba muy lejos de desearlo que  
tal pensamiento indicaba; la irritacion le habia  
creado; á sus labios no habia salido jamas; al  
recobrar su espíritu la tranquilidad que en  
aquel momento le faltaba, hubierase horroriza-  
do mas que su mismo padre de semejante idea  
si de ella se hubiese acordado.

A Medina le faltaba la última prueba; su es-  
posa alarmada por el sobresalto que indicaba  
el rostro del infeliz licenciado, le dirigió una  
porcion de preguntas acerca de las causas que  
habian podido producir perturbacion seme-  
jante.

La curiosidad mas terrible aguijoneaba en  
aquellos momentos al licenciado; los dedos ín-  
dice y pulgar de su mano derecha tendian á  
cruzarse como si una fuerza superior los impu-  
sara á ello. Los recuerdos de cuanto le acababa  
de suceder no se apartaban de su mente, y le  
prestaban vigor para mantener separados  
aquellos dedos que al juntarse podrian formar  
la cruz que debia colocar sobre la tumba de su  
felicidad perdida en un segundo.

—¿Será fiel? ¿Me amará? eran las preguntas  
que en su interior descollaban sobre el cúmulo  
de reflexiones que luchaban en la mente del li-  
cenciado, y el mismo se respondia. Si contesta  
afirmativamente, nada se de nuevo; si en su  
corazón leo un no, ¡qué porvenir tan horrible!

Pero la curiosidad es muy poderosa y bata-  
llaba honrosamente contra todos los consejos  
de la razon, contra todos los recuerdos y con-  
tra todos los temores. La lucha era espantosa,  
con los ojos desencajados y la mirada fija, con  
el semblante amarillo y los dedos crispados  
como si pretendiera hacerles perder su flexibi-  
lidad, á Medina parecia faltarle por momentos  
la razon.

De repente la voluntad hizo un esfuerzo po-  
deroso; el licenciado logró desasirse de los bra-  
zos de su esposa y corrió como un loco furioso  
por todas las habitaciones, seguido de su fami-  
lia y criados sobrecogidos de temor.

Por fin logró encerrarse solo en un cuarto;  
mientras se intentaba descerrajar la puerta  
sonó dentro un fuerte golpe acompañado de un  
¡ay! comprimido.

Despues el mismo licenciado abrió la puerta  
y se ofreció á la vista de las personas que ha-  
bian acudido un horrible espectáculo.

Medina mostraba la mano derecha toda en-

sangrentada, los dedos pulgar é índice colga-  
ban aun, cortados casi de raiz, y de las heridas  
brotaban dos gruesos caños de sangre. En la  
mano izquierda tenia el licenciado la espada  
desnuda ensangrentada tambien, como la mesa  
que habia servido de tajo para esta horrible  
amputacion.

Algunas semanas despues Medina ingresaba  
en una casa de Orates. Su locura era pacifica;  
no causaba mal á nadie, permanecia pensativo  
muchas horas y sólo desplegaba sus labios para  
exclamarse como resultado de sus largas refle-  
xiones:

—¡Qué horrible seria la vida sin la ilusion y el  
engaño!

EMILIO SANCHEZ PASTOR.

## De Colonia al mar.

### (Últimas notas de viaje.)

Estaba amaneciendo cuando me despertó una  
música extraña, unida á cierto rumor nutrido  
y acompasado.

No tardé en observar lo que era. Varios re-  
gimientos salian á las maniobras.

Como las calles de Colonia son tortuosas y  
estrechas, la tropa obstruia completamente to-  
das las vias de circulacion que afluyen á la ca-  
tedral, y dirigíase hacia el puente de Deutz con  
objeto de ganar la orilla derecha del Rhin. Los  
soldados se mueven con la regularidad de una  
máquina, con sus pantalones de dril y bajo sus  
cascos de cuero.

Cada batallon va marchando al son de un  
tambor y un pito.

En el hotel Disch hay un hombre muy gordo  
encargado de enseñar todas las curiosidades  
de la poblacion á cuantos quieren visitarla. Ha-  
bla un poco de francés y prodiga reverencias.  
Despues de haceros entrar y salir bajo aquellos  
eternos andamios que cubren la fachada de la  
catedral, os lleva á Santa Ursula, llena de reli-  
quias de las once mil vírgenes. Luego os pre-  
gunta:—¿Por qué iglesia quiere Vd. que conti-  
nuemos? ¿Por San Martin, ó por San Pedro, ó  
por San Mauricio, ó por San Gereon? Si os  
ablandais un poco, estais expuestos á visitar  
en detalle todas las iglesias de la ciudad.

Pero si amais los cuadros de Rubens, en San  
Pedro encontrareis una de sus obras maes-  
tras, *Pedro en la cruz*. Os acercais al altar ma-  
yor y veis sobre él un gran lienzo. Apenas fijais  
en él vuestra vista, un hombre de iglesia os da  
dos golpes en el hombro, diciéndoos:

—¿Quiere Vd. ver el verdadero cuadro de Rú-  
bens?

—¿Cómo el verdadero? ¿Pues no es éste?

—¡Cál! ¡no señor! el verdadero está detras: ese  
es una copia. Ya ve Vd., todo el mundo no en-  
tiende de arte, y seria una lástima que una de  
las joyas de aquel gran maestro estuviese  
siempre á disposicion de miradas profanas. El  
cuadro original se ve por el precio de un marco.

Le dais en marco, el cuadro gira y la obra de  
Rubens aparece en el reverso.

En Spa, los bebedores de agua se aburren so-  
beranamente. Así como Suiza parece una co-  
lonia inglesa, Spa parece una colonia española.  
En los salones de la Redoute, en el Parque, en  
el paseo de las Siete Horas, no se ve mas que  
títulos de Castilla, ex-ministros, coroneles ó  
altos empleados españoles; la colonia america-  
cana de París envia tambien á Spa gran nú-  
mero de familias. Pero el hastío domina en  
aquel ahogado valle. El paseo á las fuentes no  
satisface; la excursion á la cascada es larga y  
fatigosa; la visita al león de la Gileppe exige  
diez y ocho kilómetros de camino. Pero esta es  
la excursion mas interesante.

El león de piedra de la Gileppe corona ma-  
jestuosamente el gran dique del depósito de  
aguas de Verviers, cerca de la frontera alema-  
na, junto á las cumbres de Baraque-Michel, las  
mas altas montañas de Bélgica. Las obras de  
este depósito son grandiosas; figuraos un valle  
cortado en dos por un enorme muro; una mitad  
del valle inundada; la otra mitad en seco; á un  
lado, un mar; al otro lado, un abismo; el jigan-  
tesco león en medio.

Sobre el dique hay constantemente un guar-  
da vigilando á los transeúntes; si sois aleman  
no os pierde de vista; todos los que van á ar-  
rojarse por allí son alemanes.

Al volver á Spa, el caballo que conduce mi  
coche tropieza y cae, bajando una cuesta; á po-  
cos pasos hay una aldea. Los niños de la aldea  
llegan corriendo: el caballo se ha herido: otros  
carruajes vienen detras: Los niños, con sus  
sombreros de paja en la mano, acosan á los  
viajeros gritando: «¡Para el pobre caballito!»  
Me acordé de París, donde tantas veces se pre-  
sencia este espectáculo. Con los cuartos que  
recogieron compraron al caballo herido un  
gran cántaro de cerveza.

Los niños belgas son adorables.

Dos horas de camino de hierro os trasportan  
de Spa á Lieja; de la ciudad del soñoliento re-  
poso á la ciudad del trabajo febril. Las aguas  
ennegrecidas de los rios, las carreteras ado-  
quinadas, los carros de los vendedores emba-  
lantes tirados por perros y los relojes eléctri-  
cos en las esquinas de las calles, os anuncian  
que vais internándoos en uno de los países mas  
laboriosos y progresivos de la tierra. Al apro-  
ximaros á Lieja, aquel horizonte, lleno en to-  
das direcciones de humeantes chimeneas, os  
sorprende. La respiracion es difícil; el caudalo-  
so Meuse atraviesa la ciudad grave y sombrío,  
y el sol se distingue opaco tras la cortina flo-  
tante del humo que inunda la atmósfera. El  
viajero observador debe detenerse en Lieja; la  
piqueta y el martillo resuenan por todas par-  
tes; bajo el suelo que se pisa, bajo la casa en  
que se vive, bajo el rio que gime estrechado por  
los muelles de la ciudad, está el minero desgarrando  
incansable las entrañas de la tierra.

Nada mas interesante que una detenida vi-  
sita á la fundicion Cockerill, en Seraing. De  
Lieja á Seraing se va por el Meuse en una hora  
á bordo de cómodos vapores. A derecha é iz-  
quierda del rio vais dejando atrás fundiciones,  
bocas de mina, caminos de hierro en número  
asombroso, depósitos de mineral, embarcadero-  
s y máquinas de carga y descarga. Minutos  
antes de saltar á tierra en Seraing veis exten-  
derse á vuestra izquierda un gran barrio de  
obreros, á lo largo de la orilla; entre las casas  
y el rio hay una ancha esplanada cubierta de  
césped, donde los niños juegan mientras sus

padres trabajan. Penetráis en el inmenso esta-  
blecimiento, y aquello asombra; ruedas colosa-  
les voltean; el aire, al agitarse, azota vuestro  
rostro; bajo las planchas de hierro donde fijais  
los pies, una trepidacion infernal os estremece;  
los altos hornos vomitan el acero en arroyos  
de fuego líquido; el hierro informe se enrojece, y  
se ablanda á los caprichos del hombre; una má-  
quina despidie raíles como por encanto; otra  
despidie ruedas; otra planchas de acero; aquí se  
construyen inmensas locomotoras con chime-  
neas en forma de embudo; son para Rusia; en  
los ferro-carriles rusos se quema leña; allí se  
construye un barco; es para Inglaterra; su fér-  
rea quilla cortará bien pronto los mares. El ca-  
lor abrasa; el ruido ensordece; los hombres es-  
tán negros; algunos, sofocados, se quitan la  
blusa, y con el pecho descubierto, corren al en-  
cuentro del hierro candente que les persigue,  
entretanto, las buras arrojan carbon por la  
boca-mina; trescientos obreros trabajan bajo  
el Meuse á quinientos metros de profundidad;  
aquella máquina colosal es la que renueva el  
aire que respiran; la máquina funciona día y  
noche; que se pare de pronto, y la combustion  
es inevitable.

—¿Qué número de obreros trabajan hoy? pre-  
gunté al ingeniero que me guiaba.

Este sacó de su bolsillo un cuaderno y leyó:

—8.760.

Lo primero que se encuentra en las librerías  
de Bruselas, es el famoso libro de Fanny Lear,  
en el cual han colaborado casi por iguales par-  
tes Enrique Rochefort y el príncipe heredero de  
Rusia. ¡Extraños caprichos de la suerte! No  
hay aventura que al pasar en direccion á Na-  
tende deje de comprar la interesante relacio-  
de los amores de la célebre hermosura ameri-  
cana que, despues de haber estado á punto de  
ser la Pompadour moderna, ha venido á con-  
vertirse en la mas ruidosa *nilhista*.

Los libreros, gentes que entiende bien su  
oficio, anuncian el libro en esta forma:

LA NOVELA DE UNA AMERICANA EN RUSSIA  
*obra prohibida en Rusia, Alemania, Italia y  
Francia.*

Fanny Lear tuvo á sus piés la mas alta so-  
ciedad rusa; mientras seguia triunfante su via-  
je hacia la cumbre, transigia con ella; una vez  
cumplidos sus fines y satisfechas sus aspira-  
ciones, la dió tal sacudida, que aún se tamba-  
lea. Ese puñado de secretos arrojados al viento  
ha sido un primer golpe de piqueta contra un  
trono de granito.

La sociedad es una escalera de peldaños vi-  
vientes. Mientras se trata de llegar arriba se  
amolda á ellos el paso. Los que dicen que la  
sociedad pelagra, que se minan sus bases, que  
se destruyen sus fundamentos, se refieren sólo  
á esa escalera tantas veces derribada de un  
puntapié desde la altura.

Llegué á la aldea de Waterloo á traves de un  
bosque de cedros. Al salir de la vieja ermita  
española que guarda los restos de los jefes in-  
gleses muertos en la batalla, un jóven de blu-  
sa se me acerca diciendo:—Soy hijo de Martin  
Pirson, el que sirvió de guia á Victor Hugo!  
Un muchacho por otro ¡lo me da una tarjeta,  
exclamando:—[Hotel de las Columnas, donde  
vivió dos meses Victor Hugo!

Yo que me disponia á oír una larga descrip-  
cion del combate, salpicada con los nombres  
de Napoleon, de Blücher y de Wellington, em-  
pecé por encontrar recuerdos de mi querido poe-  
ta. En el camino que hay de Waterloo á Mont-  
S-Jean, nuevos hijos de Martin Pirson os salen  
al encuentro. El autor de *Los Miserables* ha he-  
cho la fortuna de esta familia.

Martin Pirson vive todavia; es de 83 años de  
edad y tiene una pequeña casita en el *Camino  
hondo*, de indeleble recuerdo, no lejos de la co-  
lina donde se alza el monumento conmemorati-  
vo, que es un león fundido en el establecimien-  
to Cockerill.

—Yo he servido tambien de guia á Thiers y  
á Gambetta, me dijo con orgullo el buen ancia-  
no. Por cierto que Thiers pasaba por los luga-  
res memorables como si tuviera prisa; movia  
inquieta su cabeza y miraba á otro sitio.—  
«Yo ya conozco todo esto», exclamó una vez  
aquel pequinero hombre, «me han dicho que en  
Hugomont dan buena leche; vamos allá», y  
echó á andar delante de mí hacia Hugomont,  
como quien conoce perfectamente el terreno.  
Gambetta visitó el campo en detalle; estudia-  
balo grave y reposado, sin pronunciar una pa-  
labra; es un gran andador; no se cansaba nún-  
ca; me pareció uno de esos hombres tenaces  
que llegan siempre al punto que desean. En  
cuanto á Victor Hugo, es imposible conocerle  
sin adorarle; durante los dos meses que pasó  
aquí, hablaba conmigo tres ó cuatro horas ca-  
da día. Algunas veces yo dormia aun y él venia  
á despertarme á mi cama. «Hermanito mayor,  
—me decía cogiéndome de la mano,—vamos á  
ver el sitio donde perdió su último caballo el  
mariscal Ney.»

Despues de visitar el campo, subí á la habi-  
tacion en que el gran maestro compuso aque-  
lla descripcion homérica de *Los Miserables*. Es  
un cuarto pequeño con un balcón sobre el cam-  
po de batalla, y otro sobre la carretera de Bru-  
selas á París; no puede ser mas humilde; las  
paredes empapeladas; la mesa de escribir jun-  
ta al lecho; dos sillas de paja, y un cuadro con  
un autógrafo del ilustre autor. Nadie pasa por  
allí sin visitar dicha habitacion.

En Waterloo casi se llega á creer que fué  
Victor Hugo el que ganó la batalla.

—No habeis soñado alguna vez con una playa  
inmensa, cuyo arenal por un lado y otro toca el  
lejano horizonte, bordada de edificios corona-  
dos de vistosas torrecillas, con una larga y an-  
cha terraza donde se cruzan todos los idiomas  
del mundo, con un enorme kiosco donde la mú-  
sica resuena entre el rumor de las olas y de-  
lante el bravo mar del Norte revolviéndose  
agitado? Pues esa playa es Ostende.

Aquí pueden saciarse los soñadores de in-  
finito.

Pero, ya el viento es frio, el mar levanta sus  
olas de invierno. Los trenes comienzan á vomitar  
sobre París la multitud que ayer poblaba  
estos arenales.

¡Palpitaciones extrañas las que se sienten al  
pasar de la primera playa del mundo á la pri-  
mera ciudad del mundo!

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

Ostende 4 de setiembre 1879.

Imp. de E. LIZARRAL, á cargo de L. Polo, Alameda, 2.